

José Javier Esparza

NO TE ARREPIENTAS

35 RAZONES PARA ESTAR ORGULLOSO
DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

la esfera  de los libros

ÍNDICE

<i>Introducción. Morder cabezas de serpiente</i>	13
--	----

I

LAS RAÍCES

1. Roma sobrevivió en nosotros	21
2. El esplendor visigodo	31
3. El muro defensivo de la civilización europea	42
4. La segunda lengua más hablada del mundo	55

II

LAS LIBERTADES

5. Un país de gente libre	65
6. Nuestras ciudades, origen de la democracia municipal	80
7. Las cortes de León, el primer parlamento de Europa	92

8. Las primeras profesoras de universidad	99
9. La protección de los indios de América	106
10. La primera fuerza pública moderna	115
11. El primer catedrático negro de la historia	121
12. La primera teoría de los derechos humanos	127
13. Los primeros en dejar de quemar brujas	135
14. Por qué los esclavos negros huían a tierra española	144

III LAS HAZAÑAS

15. El descubrimiento de América	157
16. La proeza de abrir el océano Atlántico	173
17. La primera vuelta al mundo	186
18. La conquista de América	192
19. Los tercios, el primer ejército moderno	201
20. La conquista del Pacífico	210
21. Esos héroes inconcebibles	225
22. La primera campaña transoceánica de vacunación	232
23. Esa generación que levantó España	239

IV LA CIVILIZACIÓN

24. El Camino de Santiago, columna vertebral de Europa	251
25. La escuela de traductores de Toledo	257
26. La primera gramática moderna del mundo	264
27. La evangelización de los indios	270

28. Salvar las lenguas amerindias	278
29. La primera expedición científica internacional	284
30. La primera teoría económica moderna	290
31. La revolución cultural de los Siglos de Oro	299
32. Don Quijote	308
33. Nuestros sabios olvidados	315
34. Las Indias nunca fueron simples colonias	325
35. <i>Epílogo</i> . Tú	333

INTRODUCCIÓN

MORDER CABEZAS DE SERPIENTE

Este es un libro pensado para ti. Y para tus padres. Y para tus abuelos. Para ti, porque nada de lo que aquí se cuenta te lo van a enseñar en el colegio. Para tus padres, porque probablemente les habrán enseñado todo lo contrario. Y para tus abuelos, porque tal vez un día conocieron muchas de estas historias, pero desde hace medio siglo les están diciendo que tienen que avergonzarse de ellas. Y no, no hay que avergonzarse de ser español. No hay que arrepentirse de la huella que España ha dejado en la Historia. Al revés, hay sobradas razones —por lo menos, treinta y cinco— para estar muy orgullosos de la Historia de España.

Por supuesto, nuestro suelo ha dado una buena porción de criminales, fanáticos, ladrones y bárbaros. Claro que sí. Como todos los pueblos del mundo, porque los humanos estamos hechos en todas partes de la misma pasta. Nadie es mejor por ser español, ruandés o noruego. Pero, en el otro plato de la balanza, nuestros antepasados han hecho cosas maravillosas, cosas que cambiaron el curso de la historia, también cosas que hicieron del mundo un lugar más habitable; cosas que nos pertenecen porque son la herencia que nos han dejado y a las que no deberíamos renunciar porque, sin ellas, ¿quiénes sería-

mos? ¿Simples contribuyentes, simples votantes, simples consumidores de Netflix, intercambiables unos por otros? Es decir, ¿nadie?

Fueron españoles los que dibujaron el mapa del mundo abriendo el Atlántico, primero; dando la vuelta al globo después y, en fin, conquistando el océano Pacífico. En España nació el primer parlamento de Europa y también los primeros estatutos de ciudades libres. España fue la primera —y, durante mucho tiempo, la única— en prohibir que se esclavizara a los vencidos y en dictar leyes para protegerlos, y también la primera en traducir la religión propia a las lenguas de los conquistados. En España nació el germen de lo que luego conoceríamos como derechos humanos. Y las primeras formulaciones modernas de la economía. España organizó la primera expedición científica internacional y la primera campaña de vacunación en tres continentes. España alumbró la primera gramática de una lengua moderna. España fue el primer país de Europa que abandonó esa horrible práctica de quemar brujas. España revolucionó las artes con la impronta de sus «siglos de oro». Y otras muchas cosas más que en este libro vamos a ver una por una. ¿De verdad quieren que renunciemos a ellas?

Los episodios que aquí vamos a contar no son desconocidos. Pero sí han sido, con frecuencia, olvidados, silenciados o deformados. Toda nuestra historia padece desde hace mucho tiempo esa la-cra de la deformación sistemática. En buena parte, porque vivimos de tópicos elementales que tienen poco que ver con lo que realmente ocurrió y que, sin embargo, se han tomado por verdades inquebrantables. ¿Ejemplos? Miles.

En los manuales de Bachillerato españoles aún se enseña esa superchería según la cual la gente, en la época de Colón, pensaba que la Tierra era plana y solo el navegante fue capaz de sacar al mundo de su error. No es verdad: todos los europeos cultos del siglo xv —y desde mucho antes— sabían perfectamente que la Tierra es una esfera. Lo interesante es constatar de dónde viene el tópico terraplanista: de un libro escrito en 1828 por el neoyorquino Washington

Irving (*La vida y viajes de Cristóbal Colón*) en el que, para defender la superioridad del mundo moderno sobre la Europa medieval, se inventaba la burda patraña. Burda, sí, pero sugestiva, porque ¿quién no desea ser superior a las generaciones precedentes? Y así sigue difundándose hoy la misma mentira.

Por lo mismo, hoy es común la convicción del «secular atraso científico y tecnológico de España». O sea que hemos dado al mundo muchos valientes, sí, pero científicos muy pocos, tal vez por algún tipo de tara en el ADN nacional. Al parecer, nadie consideró oportuno preguntarse cómo un país pudo ser la primera potencia mundial entre los siglos XVI y XVII, construir barcos cada vez más perfectos, trazar rutas marítimas en dos océanos, sembrar América de enormes edificios y ganar batallas en cualesquiera escenarios, y hacer todo eso careciendo de ciencia y de técnica. Una vez más, no es verdad. Por poner solo cuatro ejemplos, Francisco Hernández inventó la taxonomía moderna en 1576, Jerónimo Muñoz describió la supernova de 1572, Jerónimo de Ayanz creó la primera máquina de vapor en 1606 y Félix de Azara teorizó la evolución de las especies en 1800 antes que Darwin. Pero en España, desde principios del siglo XIX, rige el tópico del «secular atraso científico», y los historiadores, copiándose unos a otros, lo han convertido en verdad inquebrantable, por más que estudiosos actuales como García Tapia se esfuercen en sacar documento tras documento para demostrar lo contrario.

¿Más tópicos? El genocidio, claro. Ese brutal genocidio que España habría ejecutado sobre los indígenas de América. Es fascinante, porque uno ve hoy la América hispana y constata que hay decenas de millones de indios y, aún más, de mestizos. ¿Cómo es compatible eso con la tesis del genocidio? Y sin embargo, ahí tenemos a no pocos españoles denunciando, indignados, el tal genocidio al lado de ciudadanos de evidente origen indio y que suelen llevar apellidos como Martínez o Gómez, sin que la manifiesta incongruencia les incomode lo más mínimo.

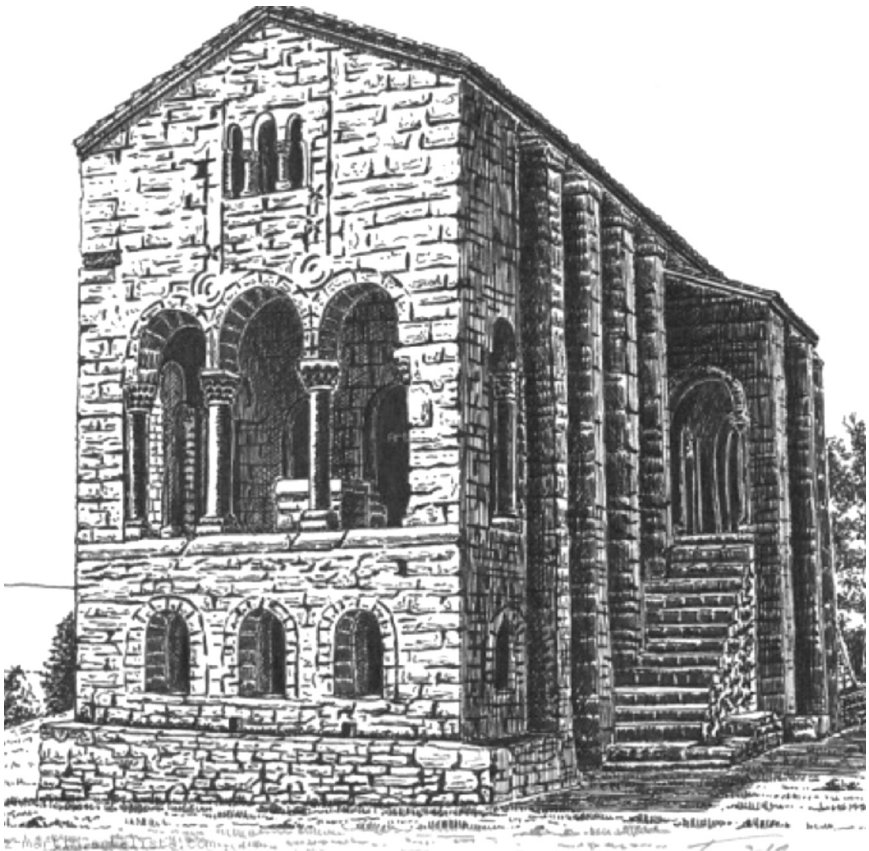
Dejemos aquí la lista de disparates, porque todos ellos van a explicarse por lo menudo en las páginas que siguen. Quedémonos con lo esencial: los españoles hemos dejado que nuestra historia se deforme hasta lo grotesco, hemos aprendido a odiarla —y a odiarnos— y eso se debe a una acumulación de causas en la que sería prolijo entrar, pero que van desde la holgazanería de una historiografía oficial demasiado dependiente de las simplificaciones del siglo XIX hasta la boba sumisión a las versiones hostiles difundidas desde el extranjero, pasando por la conveniencia política de unas elites que no han dudado nunca en poner la historia común al servicio de sus ambiciones particulares. Política, sí. Porque la Historia es un campo de batalla, lo ha sido siempre y nada se gana ocultándolo. También este es, por supuesto, un libro de batalla.

Es fácil entenderlo: quien controla el pasado, o sea, quiénes somos y de dónde venimos, controla el presente, o sea, adónde queremos ir. Hablemos claro: en España, desde hace muchos años, el relato sobre quiénes somos y de dónde venimos lo controla una gente que tiene bastante poco interés en eso que se llama «identidad nacional». Unos, mayormente a la derecha, porque sueñan con un mundo transparente de individuos disueltos en un gran mercado mundial. Otros, mayormente a la izquierda, porque aspiran a dibujar un país de nueva planta según sus particulares convicciones. Y aun otros, en fin, porque ambicionan crear su propia identidad nacional, como es el caso de los separatistas. Los unos por los otros, el resultado es que una parte importante de los españoles de hoy sienten vergüenza de su propia historia, es decir, de sí mismos. Y así nos va. Porque, del mismo modo que ninguna persona puede vivir odiándose a sí misma, so pena de volverse loca, tampoco ningún pueblo puede vivir odiando su pasado y su propia existencia. ¿O lo que se pretende es volvernos locos?

Nietzsche cuenta en su *Así habló Zaratustra* una escena bastante truculenta que viene como anillo al dedo para nuestro caso. Paseaba Zaratustra por el campo cuando halló a un labrador en serios apu-

ros: una negra serpiente se le había deslizado dentro de la boca y clavaba sus colmillos en la garganta del desdichado, que apenas podía hacer otra cosa que implorar auxilio con ojos de espanto. Zaratustra se dirigió al campesino y le increpó con palabras parecidas a estas: «¿Por qué gimes? ¡Muérdela! ¡Muérdele la cabeza y escúpela lejos!». El campesino mordió la cabeza de la serpiente y así se liberó. Hoy, en Europa en general y en España en particular, da la impresión de que una negra serpiente que se llama culpa nos ha atenazado la garganta mientras, a nuestro alrededor, un coro de lémures grita «¡Arrepiéntete!». Pues bien: muérdela; muerde esa cabeza de la culpa histórica y escúpela lejos. Porque toda esa gente que vivió en tu suelo, que se llamaba con tu nombre, que tenía tu misma cara, escribió hazañas asombrosas. No te arrepientas. Hay razones de sobra para que estés orgulloso de la Historia de España.

I
LAS RAÍCES



ROMA SOBREVIVIÓ EN NOSOTROS

Máximo Décimo Meridio, el «Hispano» de *Gladiator*, la película de Ridley Scott, nunca existió. Pero podía haber existido. Y precisamente por hispano.

Quizá no lo sepas, porque en las escuelas ya apenas se enseña el latín y hoy la palabra «latino» se aplica sobre todo a los hispanoamericanos de Estados Unidos, pero tú eres romano. Enteramente romano. De todas las naciones que Roma alumbró, solo dos conservan su nombre romano: Italia, su madre, y España, su hija. Roma creó Hispania. Aquí, por supuesto, había gente antes de que llegaran los romanos, pero fue Roma la que concibió la península como una unidad, la que implantó entre nosotros una lengua única; fue Roma la que creó una estructura administrativa y jurídica, y a través de Roma nos llegó la religión que muy pronto se convirtió en seña de identidad de los hispanos: el cristianismo.

Roma hizo Hispania. Convirtió a los celtas, íberos, celtíberos y vascones en hispanorromanos. Hispania, por su parte, dio a Roma emperadores, filósofos, guerreros, docentes. Gracias a aquella unidad, hoy podemos reconocer la historia de Roma como nuestra propia Historia. Y España, después, llevó a Roma por todas partes

con una lengua, el español, hijo del latín, y una religión, la cristiana, que había hecho de Roma su sede, y al otro lado del mar construyó un mundo que no fueron colonias, sino virreinos, igual que las colonias romanas fueron provincias. ¿Hay alguien más romano que nosotros? Aunque sea una torticera falacia francesa, no deja de haber algo de verdad en eso de que a Hispanoamérica le hayan puesto el nombre de Latinoamérica. Porque, por la romanidad de España, los hispanoamericanos son nietos del Lazio. Así que no deja de ser justo que hoy, en la lengua de los medios de comunicación, «latino» e «hispano» sean sinónimos. Después de todo, así fue.

ASÍ EMPEZÓ TODO

Hispania entra en la Historia en el contexto de las guerras púnicas, es decir, el largo conflicto entre Roma y Cartago por el control del Mediterráneo occidental. Estamos en el siglo III a.C. Los comerciantes cartagineses trafican en la península sin que nadie les moleste. Cartago es una colonia construida por los fenicios en el norte de África, lo que hoy es Túnez. Era un reino poderoso y rico, con una flota extraordinaria; una oligarquía comercial de costumbres pacíficas cuyo ejército estaba constituido fundamentalmente por mercenarios de otros pueblos. ¿Pacífico? Sí, pero contaba entre sus costumbres el sacrificio ritual de niños.

Ahora bien, pronto apareció una inesperada potencia hacia levante: Roma. Cartago y Roma entraron en conflicto por la posesión de Sicilia; fue la primera guerra púnica. Habría tres. En una de ellas, los romanos desembarcaron en la península ibérica. El primer romano que puso el pie aquí fue Cneo Cornelio Escipión, en 218 a.C., cuando tomó tierra en Ampurias, Gerona. Las guerras entre romanos y cartagineses duraron más de un siglo, desde 264 hasta 146 a.C. Roma ganó siempre. Cartago quedó borrada de la Historia.

Vencida Cartago, Roma se asentó en la península. El modelo romano de dominación consistía en ir suscribiendo pactos con los pueblos que las legiones encontraban por el camino. Por eso los ejércitos de Roma en Hispania incluían nutridos contingentes de hispanos. Son muchas las ciudades que pasaron a la esfera política de Roma por propia iniciativa. Y los romanos, por su parte, establecieron su sistema de poder pactando siempre que fue posible con las oligarquías locales.

Por supuesto, no siempre fue posible el pacto: si fue relativamente fácil la romanización del sur y del este, por el contrario resultó muy costosa la sumisión del interior y del norte. Lusitanos, celtas, celtíberos, astures y cántabros plantarán cara a las legiones, frecuentemente hasta la muerte, en largas guerras que traerán de cabeza a los romanos y dejarán en la Historia los nombres de Viriato, Numancia, Calagurris o Estepa. La belicosa fama de los hispanos arranca de estos episodios. La completa sumisión de la península no se obtiene hasta la derrota de los cántabros y los astures, y eso ocurre en el año 19 a.C., es decir, casi dos siglos después de que los romanos desembarcaran en Ampurias.

Hubo resistencia, pues. Sin embargo, lo más sorprendente es la rapidez con la que los hispanos se romanizaron. Incluso en las áreas donde los celtíberos opusieron una resistencia feroz a Roma, la verdad es que, una vez vencidos e incorporados al imperio, la romanización fue rapidísima. Estrabón, que escribe en el siglo I a.C., ofrece un buen ejemplo cuando habla de los turdetanos, que ocupaban todo el valle del Guadalquivir desde Cádiz hasta Sierra Morena, y que habían resistido a Roma con el apoyo de tropas celtíberas:

Tienen los turdetanos, además de una tierra rica, costumbres dulces y cultivadas, debidas a su vecindad con los celtas, o como ha dicho Polibio, a su parentesco, aunque en estos últimos se da en grado menor, pues la mayoría vive en aldeas. Sin embargo, los turdetanos, sobre todo los que viven en las orillas del Betis, han adquirido enteramente la manera de vivir de los romanos, hasta

olvidar su idioma propio. Además, la mayoría se han hecho latinos, han tomado colonos romanos y falta poco para que todos se hagan romanos. Las ciudades ahora colonizadas muestran bien claro el cambio que se ha operado en su constitución política. Llámense «togados» a los íberos que han adoptado este régimen de vida. Los celtíberos mismos están hoy día entre ellos, aunque hayan tenido fama en otro tiempo de ser más feroces.

Los celtíberos, en efecto, fueron quienes más ferocidad desplegaron contra Roma. Pero, tras su derrota, tardaron muy poco en hacerse romanos. Es un proceso muy simple, muy común en la historia, semejante al que luego desplegará España en América: una civilización más compleja, de formas más perfeccionadas, termina siendo asumida como propia por las poblaciones invadidas. Y por mucha simpatía que nos inspiren los viejos celtas e íberos, es indudable que la civilización romana era muy superior a las que había en la península antes de la invasión.

UNA CIVILIZACIÓN

Civilización, sí. Una vez aquí, Roma crea una civilización: divide el territorio en provincias, organiza un sistema de leyes, funda colonias, construye calzadas, generaliza el uso del latín... Siguiendo un método sistemático de colonización, Roma entrega tierras en diferentes puntos de su imperio a sus legionarios licenciados; son miles los que se asientan en Hispania.

Los conquistadores no se mantuvieron al margen de las poblaciones locales. Al revés, incorporaron a la ciudadanía romana a los nativos que colaboraron con ellos. Las concesiones individuales de ciudadanía fueron especialmente numerosas a partir de las guerras civiles, cuando los bandos rivales, necesitados del apoyo de las poblaciones autóctonas, utilizaron ese privilegio jurídico como recompensa. Con estatutos jurídicos variables, la población se divide

en colonias romanas, municipios y ciudades no romanas. Las colonias eran ciudades particularmente privilegiadas, porque a todos los efectos eran sujetos de derecho romano: Córdoba, Tarragona, Cartagena, Mérida, Zaragoza, Écija, Elche, Itálica... Parece que a partir de Vespasiano, hacia el 73 d.C., todas las ciudades, o muchas de ellas, pasaron a ser municipios de derecho latino. En todo caso, la mayor parte de Hispania ya era mundo romano.

Hablemos de las ciudades, que se iban a convertir en los pivotes fundamentales de la civilización. Itálica, en Sevilla, fue la primera ciudad enteramente romana fundada en Hispania, hacia el 206 a.C. Pocos años antes, Escipión había asentado a sus tropas en Tarraco, la actual Tarragona, creando allí otro importante centro urbano. Escipión el Africano había hecho romana la vieja base púnica de Cartago Nova, Cartagena. En el año 25 a.C. nació Emérita Augusta, Mérida.

Las viejas elites indígenas se romanizan por completo y pasan a constituir las nuevas oligarquías de los grandes centros urbanos. Las instituciones sociales de los hispanos se solapan con las romanas: la *fides*, la clientela, que prescribe la fidelidad a un patrón; la *devotio*, que representa la culminación de la *fides* ofreciendo la vida por el jefe... Los guerreros hispanos combaten ahora bajo las águilas de Roma. Hay casos muy famosos, como el de un escuadrón de caballería compuesto por celtíberos: se considera que el primer contingente de soldados hispanos que obtuvo la ciudadanía romana fue la Turma Sallvitana, un escuadrón de caballería originario del Alto Ebro que combatió para Roma en el sitio de Ascoli (Asculum), en Italia, en el 89 a.C.

Poco a poco, los perfiles originales del mundo prerromano van difuminándose en la nueva situación. Esto, Hispania, ya es Roma. Lo será para dar cónsules, como el gaditano Cornelio Balbo, o senadores como Julio Gallo. Lo será incluso a la hora de servir como escenario para las guerras civiles entre Mario y Sila, o entre Pompeyo y César, que tuvieron en Hispania sus episodios más sangrientos. El

momento de mayor esplendor de la Hispania romana llega con la dinastía Flavia, en el siglo I d.C. El imperio romano goza de su máxima extensión. En tiempos del emperador Nerva (96-98 d.C.) se creó en el Senado un clan hispanorromano que actuó como un auténtico *lobby*. A él pertenecían, entre otros, el tarraconense Licio Sura, el barcelonés L. Minicius Natalis y el cordobés Annius Verus, abuelo de Marco Aurelio. Su influencia fue decisiva para coronar emperador al sevillano Trajano y, después, a Adriano, que probablemente también había nacido en Itálica. Es el siglo del filósofo Séneca, nacido en Córdoba, y del pedagogo Quintiliano, nacido en Calahorra.

Aparece en la historia la conciencia hispanorromana: los hispanos son romanos de la península ibérica, tan romanos como los de Roma; no hay una mentalidad de colono, de itálico trasterrado en otro lugar, sino que ser hispano es ser romano. Su hogar, su tierra, es Hispania. Un buen ejemplo de esa sensibilidad es el poeta Marcial, que vivió en el siglo I d.C. Marcial, nacido en BÍlbilis, la actual Calatayud, partió para Roma y, tras una vida llena de vicisitudes, volvió a su tierra natal, instalándose en la hacienda que le donó una admiradora. Para un romano como él, en su tierra hispana, esa era la vida ideal: «BÍlbilis, orgullosa de su oro y de su hierro, a la que vuelvo tras muchos inviernos, me ha acogido haciendo de mí un labrador; aquí, indolente, cultivo con un trabajo placentero Boterdo y Platea, pues estos son los nombres que hallarás en las tierras de Celtiberia (...) De esta forma me gusta vivir y de este modo me gustaría morir». Y así de hispano murió, en efecto.

A principios del siglo III, el emperador Caracalla extendió la ciudadanía romana a todos los habitantes del imperio. A partir de aquel momento todos los hispanos libres fueron oficialmente romanos. Uno de ellos, Teodosio, llegará a emperador en el siglo IV. Será el primer emperador cristiano. Porque, para esa época, el cristianismo ya se había extendido por toda la península, y esto también iba a ser decisivo para la Historia de España.

LA HISPANIA CRISTIANA

Retrocedamos a los primeros decenios de nuestra era, unos ochocientos años después de la fundación de Roma. El imperio romano se extiende por toda la cuenca mediterránea, llega desde el Atlántico hasta el Índico y desde los desiertos de Egipto hasta los bosques de Germania. En ese conjunto, Hispania es uno de los territorios más ricos y prósperos. Ahora bien, Roma, que es una extraordinaria construcción política, sin embargo acusa en su interior fuertes convulsiones de carácter social y cultural. La religión de la Roma pagana ha perdido su vigor, el poder la ha transformado en una herramienta de legitimación imperial, y al mismo tiempo han empezado a extenderse por todo el imperio numerosos cultos venidos de distintos lugares del orbe romano. Entre esos cultos se está difundiendo uno que acaba de nacer en Judea: en tiempos de Tiberio, un hombre ha sido crucificado por el sanedrín judío; ese hombre, Jesús de Nazaret, era venerado como el Mesías y anunciaba la Buena Nueva. Sus seguidores se aprestan a extender la noticia de la Redención por todos los rincones del imperio. También en Hispania.

Los primeros cristianos mostraron muy pronto su interés por Hispania. La principal prueba es la carta de san Pablo a los Romanos, fechada en el año 58. En ella, Pablo de Tarso, que habla desde el oriente del imperio, se dirige a sus hermanos de la propia Roma, les dice que ya ha concluido su misión en aquellas tierras y les anuncia su intención de viajar a occidente, tanto a Roma como a Hispania. Lo dice exactamente así: «Ahora, como ya no tengo campo de trabajo en estos países, y hace muchos años que estoy deseando ir a vosotros, espero visitaros de paso para España; confío en que me encaminaréis hacia allí, después de haber disfrutado un poco de vuestra compañía. En este momento estoy a punto de salir para Jerusalén (...). Una vez cumplida esta misión, partiré para España pasando por vuestra ciudad».

Sabemos que Pablo, en efecto, fue a Jerusalén, y que de ahí marchó a Roma. No sabemos si llegó a venir a España. Fuentes muy remotas lo dan por hecho, pero no son definitivas. La tradición dice que Pablo desembarcó en Tarragona y algunas fuentes dan incluso el nombre de los primeros conversos, dos mujeres: Xantipa, que era la esposa del prefecto romano Probo, y su hermana Polixena.

Esta no es la única tradición sobre el origen del cristianismo español. Una de las más hermosas y duraderas es la del apóstol Santiago el Mayor. Santiago predicó en Hispania y en su periplo recibió la aparición de la Virgen a orillas del Ebro; de vuelta a Jerusalén, fue martirizado y su cadáver, después, recogido por sus discípulos y enterrado en Compostela, Galicia. Lo dicen san Isidoro de Sevilla y Beato de Liébana. Otra de las tradiciones más conocidas es la de los siete varones apostólicos enviados por san Pedro. Eran Torcuato, Tesifonte, Indalecio, Segundo, Eufrasio, Cecilio y Hesiquio. Según esta tradición, los siete varones llegaron a Acci, la actual Guadix, en Granada. De allí fue la primera conversa: Luparia, noble hispano-romana. Acosados por las autoridades, los siete apóstoles, en su fuga, cruzaron un puente. Acto seguido, el puente se hundió de manera milagrosa, salvando a nuestros amigos de sus perseguidores. La ciudad de Guadix, impresionada, se convirtió en masa: fue la primera ciudad cristiana de España. Después los siete varones predicaron en Ávila, Granada, Almería, Jaén, Murcia... San Segundo es patrón de Ávila por este motivo.

A las tradiciones hay que darles el valor que merecen: no siempre corresponden a hechos precisos, pero obedecen a una realidad histórica que hay que saber interpretar. En nuestro caso, la penetración del cristianismo en España desde el siglo I está acreditada por fuentes tempranísimas (del siglo II), como Tertuliano o Ireneo de Lyon. ¿Quiénes trajeron a España la fe de Jesús en fecha tan temprana? Durante mucho tiempo se pensó que la difusión del cristianismo vino ligada a la diáspora judía tras la destrucción del templo de Jerusalén. Hoy sabemos que no fue exactamente así. Los historiado-

res israelíes sostienen hoy que la diáspora fue mucho menos numerosa de lo que se creía. Por otra parte, consta que los principales agentes de difusión religiosa fueron las legiones, con sus miles de hombres venidos de todos los confines del imperio. Fueron los legionarios los que llevaron a Roma cultos del medio oriente como el mitraísmo. Y del mismo modo, parece acreditado que en Hispania fueron también los soldados quienes trajeron ese nuevo culto que anunciaba la muerte del Mesías en la cruz y la redención de todos los hombres.

En efecto, son los soldados de la Legio VII Gemina quienes transportan la buena nueva en sus petates. La difusión del cristianismo en España sigue el camino de esta legión: desde Andalucía hasta Galicia y Zaragoza, sobre el eje de la Vía de la Plata. La Buena Nueva se extiende por todas partes y en particular por las zonas urbanas. El principal impulso tiene lugar entre los siglos III y IV. Comienzan igualmente las persecuciones y martirios. El primer martirio del que tenemos constancia documental tuvo lugar en el anfiteatro de Tarragona el 21 de enero del año 259: fueron quemados vivos el obispo Fructuoso y los diáconos Augurio y Eulogio. Pronto se les sumarían otros mártires: los niños Justo y Pastor en Alcalá de Henares, santa Justa y santa Rufina en Sevilla, san Vicente en Valencia...

El martirio forma parte esencial de la primitiva historia cristiana y es, además, el principal testimonio histórico del vigor religioso, social y cultural del cristianismo en la Roma de los siglos III y IV. ¿Por qué se martirizaba a los cristianos? Los cristianos morían por su fe, pero Roma los perseguía por razones políticas. El punto clave era este: reconocer la naturaleza divina del emperador. En el sistema imperial romano, el emperador se atribuía la misma naturaleza que los dioses. Hubo emperadores que interpretaron esta identificación como una metáfora política, pero también los hubo que se lo tomaron a pies juntillas y, en consecuencia, exigieron una sumisión ya no política, sino religiosa. Los cristianos, dispuestos a dar al César lo que era del César y a Dios lo que era de Dios, no podían dar al César lo

que era de Dios. Hay que decir que en esto los cristianos no estuvieron solos: otras escuelas del espíritu, como por ejemplo los estoicos, siguieron el mismo camino que inauguraron Pedro y Pablo, ajusticiados por Nerón.

Pero en Hispania el cristianismo proseguirá su expansión. Un acontecimiento fundamental fue el Concilio de Iliberis (Elvira, en Granada), a principios del siglo IV, que en ochenta y un cánones despliega la ley eclesiástica más antigua que conocemos sobre el celibato del clero y la institución de las vírgenes consagradas a Dios. En Roma, por su parte, es proclamado emperador Constantino I el Grande, cuyo Edicto de Milán, en 313, legaliza la religión cristiana. Constantino convoca además, ya en 325, el primer Concilio de Nicea, que otorgó al cristianismo plena legitimidad. En este Concilio de Nicea, un obispo español, Osio de Córdoba, consejero de Constantino, preside la primera definición doctrinal del Credo, que sigue vigente en nuestros días.

Llegamos así al primer emperador cristiano, Teodosio, un hispano cuya cuna se disputan Sevilla y Segovia. Un tipo de carácter muy vehemente, buen soldado y muy puntilloso con sus deberes, al que tocó lidiar con un imperio ya caótico y en descomposición. Teodosio hizo del cristianismo la religión oficial del imperio, Hispania incluida. Y a partir de ese momento, toda la historia de España va a ser inseparable del cristianismo. Lo será en la Roma agonizante, en el reino visigodo, en la reconquista contra el islam, en la unificación de los reinos peninsulares, en el descubrimiento y evangelización de América y Filipinas, en el imperio donde no se ponía el sol y, aun después, en el mundo hispano donde el sol se puso. Y esa religión, que era la de Roma, se anunciaba en una lengua hija del latín.

¿Hay razones para estar orgulloso de este linaje tan romano? Claro que sí: Roma, con sus excesos y sus crueldades, fue la matriz de lo que luego se llamará Occidente. Y es hermoso saber que España, hija de Roma, llevó la herencia de su madre por todas partes. Hasta en el nombre.